



Foto tomada de la muestra "Atlas de Borges", promovida por la Fundación Jorge Luis Borges, en la que María Kodama lee a Jorge Luis Borges el libro *Zen in English Literature and Oriental Classics* (The Hokuseido Press, 1942), de Reginald Horace Blyth.



Almas gemelas

El destino quiso que **MARÍA KODAMA Y JORGE LUIS BORGES** tropezaran en una librería de Buenos Aires, siendo ella una adolescente y él un reputado escritor de 54 años. De la mutua fascinación intelectual surgió un amor indestructible que duraría más de tres décadas, y que ahora revisa en un libro la escritora Cristina Carrillo de Albornoz.

—Vis Molina.

Este señor es tan tímido como yo. Y si él puede hablar en un tono de voz tan bajo ante tanta gente, yo también podré hacerlo”, se dijo a sí misma una María Kodama de 12 años que deseaba ser mayor para enseñar literatura, pese a su timidez. Nacida en Buenos Aires, hija de un químico liberal japonés y una conservadora pianista argentina, separados cuando ella tenía solo cuatro años, había tenido una infancia feliz pero solitaria, sin hermanos con los que jugar. Debido a su gran pasión por la lectura y a sus deseos de dedicarse a la enseñanza de la literatura, un gran amigo de su padre, que para María era como un tío, la llevó a una conferencia de Jorge Luis Borges, por entonces ya un autor muy conocido, después convertido en uno de los autores más destacados de la literatura del siglo XX. La sala estaba abarrotada, con gente sentada por los suelos, y cuando María vio a Borges subir al estrado se reconoció en él, sabiendo que había algo que les unía. “María Kodama fue una niña muy soñadora, el alma gemela de Borges”, afirma Cristina Carrillo de Albornoz, ex diplomática, escritora, comisaria de exposiciones de arte

y autora del libro *Jorge Luis Borges y María Kodama* (Ed. Assouline). “Su madre recibía mucho en casa y María se escondía cuando llegaban las visitas. Al marcharse, la niña se bebía los posos de las tazas de café porque creía que así se haría mayor más deprisa”. El libro, señala la autora, “dilucida una de las grandes historias de amor de nuestro tiempo, entrelazada con poemas y manuscritos de Borges, y sus símbolos, tales como laberintos, espejos y ajedrez, descubriendo la fascinante obra del célebre escritor argentino, que reinventó el español”.

El autor de *El Aleph* se interesó desde muy joven por la magia, el azar, la concatenación de hechos, el destino, las metáforas... y todo ello, tan presente en su obra literaria, tiñó también con tonalidades mágicas la larga relación amorosa que mantuvo con María Kodama durante más de treinta años, y que empezó, de manera igualmente metafórica, cuando María era solo una niña. Por entonces su *nanny* la obligaba a leer en inglés. Uno de los poemas que escogió fue uno de Borges, (éste tuvo también una educación muy británica, al ser inglesa su abuela materna) cuyo verso final decía: *I can give you my loneliness, my darkness, the hunger of my heart*. (Te puedo dar mi soledad, mi oscuridad, el hambre de mi corazón). “María quedó muy impactada con ese final y de manera recurrente le preguntaba a su *nanny* por el significado de la expresión “*hambre del corazón*”. A lo que ella contestaba que ya lo entendería de mayor. Sin ni siquiera sospecharlo, María empezaba su mágico acercamiento al que sería el gran amor de su vida”. Tras estas dos aproximaciones platónicas, el azar marcaría de nuevo sus caminos, cuando una María adolescente se tropezara (literalmente) en una librería de la calle Florida de Buenos Aires con Borges. Ella tenía 16 años y él 54. Ambos estaban hojeando libros cuando María chocó con el escritor. “Se disculpó y le saludó, reconociéndolo, y dijo que le había escuchado en una conferencia. Él le preguntó qué

hacía allí. “Buscando libros”, dijo ella, porque quería estudiar lenguas antiguas. Entonces él le propuso hacerlo juntos. A partir de entonces, –cuenta Cristina– empezaron a verse en confiterías de la ciudad para estudiar. Y lo que empezó como una fascinación intelectual recíproca, derivaría en una relación amorosa”. Y, de nuevo, esa concatenación de azares que tanto interesaba a Borges se presentó caprichosamente, esta vez para decidir la gestación de este libro que se acaba de publicar. La autora comisarió en 2017 una exposición que se hizo en Buenos Aires sobre la vida de Frank Sinatra y allí conoció personalmente a María Kodama y quedó cautivada por ella: “La obra de Borges siempre me ha interesado mucho y la conozco muy bien. Nos presentaron, conectamos enseguida y esa noche hablamos muchísimo. María es una mujer muy original, con un sentido del humor espontáneo. Al llegar a mi hotel llamé a Martine Assouline, CEO de la editorial, y le comenté que había conocido a María Kodama y que me había parecido fascinante, proponiéndole escribir un libro sobre su historia con Borges que recogiera también una nueva lectura de la obra del escritor. Lo más chocante fue su respuesta: me dijo que el día anterior le habían regalado un libro que incluía una carta de Kodama a Borges, que le había parecido la más bella y sobrecogedora expresión del amor que jamás había visto. Las dos nos quedamos estupefactas por la coincidencia y llegamos a la conclusión de que era un mensaje borgiano. El libro tenía que salir adelante”. A partir de ahí la relación de la autora con Kodama se estrechó más, ya que Carrillo de Albornoz comisarió una exposición sobre la pareja en el centro cultural La Térmica de Málaga. “María se ha mostrado muy colaboradora en el proyecto”. Al principio, la relación entre Borges y Kodama levantó muchas suspicacias. “La madre de María estaba molesta porque el escritor llamaba continuamente a

su hija por teléfono. Le decía que ese hombre podía ser su abuelo. María se defendía diciendo que estudiaban juntos. Borges seguía viviendo con su madre, y ésta también estaba preocupada debido a la juventud de María. Pero Borges y Kodama continuaron viéndose. Había entre ellos una alquimia maravillosa, una verdadera comunión de almas. Eran dos seres libres y divertidos, con una curiosidad intelectual y vital insaciable, compartían el mismo espíritu aventurero, siempre abierto a las sorpresas y los dos amaban lo inesperado, inventándose una relación en la que despreciaban la realidad para crear otra más amable y divertida, en la que no había espacio ni para el aburrimiento ni para nada negativo”, concluye Carrillo de Albornoz.

En los 33 años de relación entre Borges y Kodama hubo un episodio clave que sin embargo no consiguió truncar su cercanía intelectual. Se trató del repentino e inesperado matrimonio en 1967 de Borges con Elsa Astete, impulsado por Leonor Acevedo, madre de Borges y con la que éste tenía una relación muy estrecha debido a la muerte temprana del padre y a su propia ceguera precoz, que lo convirtió en una persona dependiente. Leonor ayudaba mucho a su hijo en su día a día, acompañándole a menudo en sus viajes profesionales. A medida que la madre iba envejeciendo aumentaba su preocupación por dejar a su hijo desvalido, de ahí que impulsara a Borges a que retomara la relación con Elsa, una novia de juventud que había enviudado recientemente. El matrimonio fue casi concertado y duró tres años, hasta 1970. “Realmente no había nada que les uniera –señala Carrillo de Albornoz–. Elsa era una mujer con pocas inquietudes, cuyo único afán era quedarse en casa viendo televisión. Borges estaba muy lejos de aquello”. Tras el divorcio y la muerte de su madre en 1975, Borges retomó la relación con Kodama y juntos recorrieron el mundo, viviendo todo tipo de experiencias. “Kodama sostiene que cuando era niña decidió elegir entre una identidad argentina o japonesa, y se decantó por ésta última. De su padre aprendió esa cultura respetuosa y reservada, esa necesidad de permanecer siempre libre, sin ataduras y ese empeño en preservar su intimidad. Ella sostiene que hay cosas privadas que no deben ser compartidas con los demás”, asegura la autora.

Borges le pidió matrimonio a Kodama muchas veces. Le decía: “Mira qué bien suena: María Kodama de Borges”. Ella siempre contestaba: “Yo nunca seré esposa, porque no quiero ser la atadura de manos de nadie”

